

## EL CINE EN EDUCACIÓN AMBIENTAL

Entre los recursos disponibles para los programas de educación ambiental, el cine y el vídeo ocupan un lugar destacado. Los temas naturales han estado presentes en ellos frecuentemente, a veces con carácter documental y paisajístico, y en otras, de denuncia. No es fácil que coincida el desarrollo de un programa con la exhibición en cartel de una determinada película, pero las filmotecas, los comercios especializados e Internet pueden facilitarnos los materiales que aquí comentamos. En todo caso, el formato de presentación debe ajustarse al de cine (o vídeo) forum, es decir, introducir y enmarcar la cinta con los datos técnicos correspondientes, y comentarla al final, bien como debate abierto o en función de una serie de cuestiones que deben contestarse en grupos. Esta última vía, que no excluye la anterior, es siempre preferible, pues permite una mayor participación de todos. Los contenidos argumentales deberán relacionarse con las situaciones actuales.

Dentro del cine naturalista, parece haber acuerdo en que la norteamericana *Nanuk el esquimal* (Robert Flaherty, 1922) es la primera referencia histórica del género. En ella se relata la cruda realidad en la que los esquimales aprenden a convivir con una naturaleza adversa. Después vendrían algunas películas de la saga de *Tarzán*, en especial las de los años 30, protagonizadas por Johnny Weismuller, que además de acercarnos al “mundo de la selva”, dejaban entrever los efectos negativos de la intromisión del “hombre blanco” con sus rifles en la naturaleza. Pero, tal vez, el clásico más reconocido y aplaudido sea *Dersu Uzala* (Akira Kurosawa, 1975), al que seguiría *Urga, el territorio del amor* (Niñita Mikhlalkov, 1991).

A partir de los años 80, la destrucción de la Amazonia suscitó el interés y la denuncia por la extraordinaria riqueza que los ecosistemas tropicales encierran, junto al interés de las poblaciones indígenas que viven en su medio. Esta situación fue reflejada en *La selva esmeralda* (John Boorman, 1985), *Jugando en los campos del Señor* (Héctor Babenco, 1991) y *Los últimos días del Edén* (John McTiernan, 1992), en donde la biodiversidad y sus amenazas constituyen el eje central. No debe olvidarse el carácter cinematográfico –y comercial a veces– de muchas de estas cintas, en las que el fondo social y de denuncia se entrecruza con historias de amor y relaciones personales.

El tema nuclear, tanto en sus aspectos bélicos como energéticos, ha estado presente desde *Ultimátum a la Tierra* (Robert Wise, 1951), donde un extraterrestre llega a nuestro planeta para advertirnos sobre el uso irresponsable de la energía atómica. También, *On the beach* (Stanley Kramer, 1959), en la que, con un reparto de lujo, una población costera sobrevive a un Apocalipsis nuclear. En esta misma línea se encuentra

*El día después* (Nicholas Mayer, 1983), que no fue muy bien valorada por la crítica, y en donde se narran las vivencias relacionadas con un hipotético ataque nuclear. Más interés suscitó *Cuando el viento sopla* (Jimmy T. Murakami, 1986), producción en dibujos animados que, no por estar realizada en ese formato, le resta dramatismo. En ella se refleja la desolación y lenta agonía de dos ancianos que ven cómo se les termina la vida, junto a todo lo que les rodea, debido –de nuevo- a una explosión nuclear. *Lluvia negra* (Shohei Imamura, 1989) cuenta la odisea de una familia que vive en un pueblo afectado por la bomba atómica de Hiroshima.

En lo que se refiere a los problemas derivados de las centrales nucleares, destacan *El síndrome de China* (James Bridges, 1979), que especula sobre lo que pudo pasar tras el accidente de Harrisburg en Estados Unidos ese mismo año y que ha constituido uno de los tres más graves de la historia de la energía nuclear. *Reacción en cadena* (Ian Berry, 1980), es una película australiana en la que un trabajador contaminado intenta denunciar su situación, y *Silkwood* (Mike Nichols, 1983) es una excelente cinta inspirada en un hecho verídico, e interpretada magistralmente por Meryl Streep.

Película inclasificable, pero referente en este tipo de cine es *Baraka* (Ron Fricke, 1992). Aunque irregular en su ejecución, está llena de intencionados contrastes entre comportamientos animales y humanos, que expresan desde belleza y alegría hasta dolor e insensatez, en definitiva un colorido recorrido por nuestro mundo y planeta que invita a una reflexión con esperanza.

El cine tampoco ha olvidado la intromisión del desarrollo urbanístico en la naturaleza: *Cuando el río crece* (Mark Rydell, 1984) o *Un lugar llamado milagro* (Robert Redford, 1987). En línea similar se encuentra *Adiós a Matorra* (Elem Klimov, 1981), en donde una anciana se niega a abandonar Matorra, uno de los numerosos pueblos que anegará un embalse. Y sobre el gigantesco proyecto de la presa china de Las Tres Gargantas y sus impactos en el entorno, encontramos *Naturaleza muerta* (Jia Zhang Ke, 2007)

La extinción de especies cuenta con su mejor representación en *Gorilas en la Niebla* (Michael Apted, 1988). Espléndida película, que deplora una práctica tan deplorable como la caza, es también *El oso* de Jean Jacques Arnaud (1988), que previamente había realizado *En busca del fuego*, una interesante aproximación a nuestros orígenes.

Y el tema de la desertización se ha tratado en *Si el viento sopla la arena* (Marion Hänsel, 2006), en donde el avance del desierto se suma a las sequías, guerras y hambrunas que azotan endémicamente a las poblaciones africanas.

Atractivo añadido a esta clase de cine es la implicación personal, la coherencia, la fe en los valores y el sentido de la justicia. Alunas películas lo reflejan, como las antes citadas *La selva esmeralda* o *Silkwood*, y en esa línea se encuentra *Acción civil* (Steven Zaillan, 1998), que gira alrededor del tema de los residuos y, especialmente, *Erin Brockovich* (Steven Soderbergh, 2000), en la que el argumento gira alrededor de un recurso tan importante como el agua. Basada en un hecho real, donde la contaminación de aguas subterráneas produjo cáncer y otras enfermedades a numerosas familias de California, el caso terminó con una condena histórica contra las compañías eléctricas responsables con una cuantía de 330 millones de dólares de indemnización.

La película es un canto a la fuerza de voluntad de una joven, Erin Brockovich, encarnada por Julia Roberts, que con su tesón logró reunir pruebas que sensibilizaron a unos afectados, desconocedores hasta entonces de la causa real de sus dolencias, debidas a la presencia de cromo hexavalente, metal pesado de alta toxicidad.

Y, finalmente, queda el cambio climático, el principal problema ambiental al que la humanidad debe enfrentarse desde ahora. En este caso el tratamiento no ha venido de una película de ficción, sino de un documental: *Una verdad incómoda* (Davis Guggenheim, 2006). Al Gore, ex vicepresidente de los Estados Unidos y con motivación hacia el medio ambiente, como lo demostró con publicaciones como *La Tierra en juego* (1992), se encarga de conducirlo con una brillante conferencia que despeja todas las dudas sobre la realidad del cambio climático. Es de lamentar que entre las recomendaciones finales, no se invite a la reducción global del consumo, punto clave para acompañar cualquier propuesta ambiental seria y viable, pero, en términos generales, es un excelente recurso que invita a la reflexión y el debate. En una línea similar podemos encontrar *2050 ¿Es demasiado tarde ya?* (Ruth Chao y Javier Silva, 2006) y *La última hora* (Leonardo di Caprio, 2007). Y años antes, aunque perteneciente al género de aventuras, ya se reflejaron los impactos de un cambio de clima – concretamente con la fusión del hielo polar y la entrada del mar en los continentes- en *Waterworld* (Kevin Reymolds, 1995).

El cine documental cuenta con otras obras interesantes. Así, *Grizzly Man* (Werner Herzog, 2005), partiendo de un hecho real en los que un hombre convive con una de las especies de osos más salvajes, invita a la reflexión sobre los límites en nuestra relación con la naturaleza. *Tierra* (Alastair Fothegill y Mark Lienfield, 2007)

combina la reflexión con la belleza, aspecto común a esta clase de género para gozo del espíritu y los sentidos. Y entre las producciones domésticas, con el apoyo de TVE, pueden citarse *La casa ecológica* (Merino y Gómez Valdés), cuyo punto de referencia es la vivienda del ex director de la Agencia Europea de Medio Ambiente, Domingo Jiménez Beltrán, o *Artistas sin desperdicio* (Solana y Roig) en las que cinco artistas y artesanos reciclan aquello que nuestra sociedad considera usado, gastado o inútil.

Otras películas de interés son *Deep Blue* (Alastair Fothegill y Andy Byatt), *Grito de piedra* (Werner Herzog), *Rapa – Nui* (Kevin Reynolds), *Bailando con lobos* (Kevin Costner), *Nómadas del viento* (Jacques Perrin), *La pesadilla de Darwin* (Herbert Sauper), *Bajo la aurora boreal* (Tashio Goto), *La hija del puma* (Ulf Hultberg), *Perdidos en África* (Steward Raffip), etc. En España el cine ecológico ha sido escaso y la temática natural suele aparecer en un segundo plano. Pueden citarse *Tasio* (Moncho Armendáriz, 1984), *El río que nos lleva* (Antonio del Real, 1989) o *Lo más natural* (Josefina Molina, 1990).

En formato CD merece señalarse *Imágenes de la Naturaleza*, una colección de 200 fotografías (125 de fauna, 50 de flora y 25 de paisajes españoles)

En resumen, nos encontramos ante un formidable recurso que puede incorporarse a cualquier programa de educación ambiental. Con diferentes matices y calidades, las películas aquí comentadas (y otras tantas que por desconocimiento no habrán sido citadas), pueden servirnos para hacernos pensar y organizar *forums* que contribuyan a contrastar ideas y resolver dudas. La educación ambiental necesita de todos los enfoques para ayudar a una interpretación correcta e integrada de los problemas ambientales, para que se traduzca, finalmente, en la toma de conciencia y generación de aptitudes que nos permitan participar en su resolución. Y el cine es un recurso plástico y artístico que no debemos olvidar.